

Las narraciones aquí contenidas no son un testimonio sobre el Holocausto, sino una meditación sobre la vida que ha sido arrancada a la experiencia de la muerte y está constituida por muchos renacimientos: los cuatro mendrugos de pan que la joven Magda recibe de manos de una mujer moribunda, o la «señora de la sonrisa» que la recogió tras la liberación.

MANUEL ARRANZ  
Crítico literario y traductor

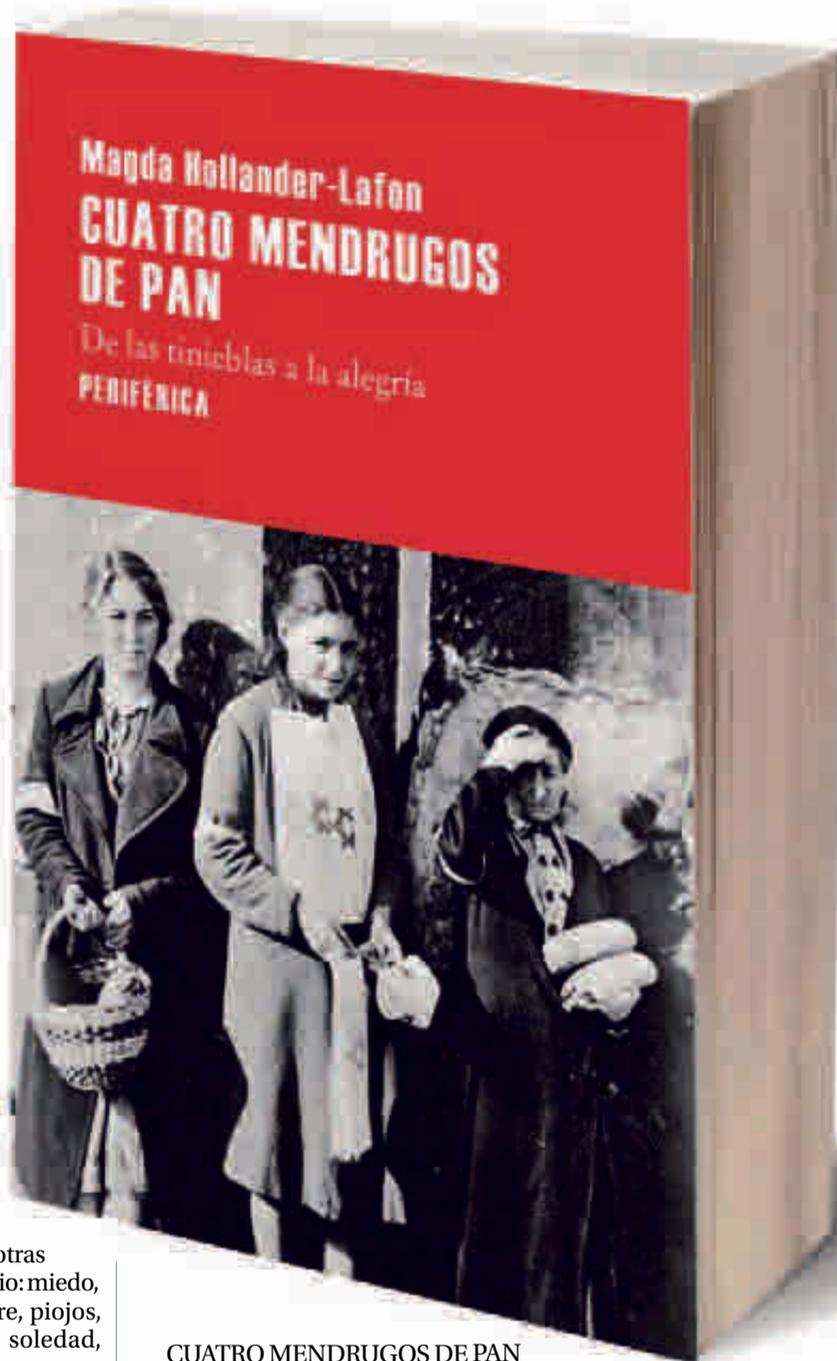
»» «¿Cómo transmitir esta memoria sin banalizarla, sin agravarla, sin abrumar al otro?» «Aspiramos a la libertad, pero el miedo no nos deja en paz.»

Esta no es una historia más sobre el Holocausto, escribirán seguramente algunos críticos y reseñadores sobre estos *Cuatro mendrugos de pan* de Magda Hollander-Lafon, y yo mismo he estado tentado a hacerlo. Pues bien, no es verdad. Sí es una historia más, y eso es precisamente lo que la hace tan insoportable, tan dura, tan estremecedora, una historia más de las miles que vivieron hombres y mujeres, muchas de ellas, la mayoría, olvidadas porque no quedó nadie para contarlas, nadie para escribirlas. Todas son historias distintas y todas son la misma historia. Historias necesarias, historias que tenemos la obligación de leer, la obligación de conocer, historias que no podemos olvidar ni mirar para otro lado. Los hombres olvidamos, los hombres somos incrédulos, los hombres tenemos miedo, y estamos más inclinados a creer cualquier mentira consoladora que a mirar a la verdad cara a cara. La verdad no es consoladora, la verdad nunca fue consoladora. Todo eso pasó hace muchos años, decimos para conjurar el miedo, para conjurar la culpa, hoy no pasaría, hoy no podría pasar. Y sin embargo pasa, estamos viendo que pasa, y que no se hace nada por evitarlo.

Es asombroso el poder que pueden llegar a tener las palabras, algunas palabras, palabras que no hace falta gritarlas para que nos aturdan, nos conmueven, nos desgarran, nos desarmen. Pan es una de esas palabras, cuatro mendrugos de pan, lo suficiente, lo imprescindible, para no morir de hambre, para seguir vivos en el mundo. Son palabras sencillas, palabras que a veces nos da vergüenza pronunciar. Amor es otra de ellas, amistad otra, y valor, bondad, música, esperanza, sonrisa, compasión... son incontables como también son incontables otras que también están en el diccionario: miedo, golpes, humillación, frío, hambre, piojos, suciedad, desprecio, silencio, soledad, muerte...

Magda Hollander-Lafon nació en el seno de una familia judía, en Záhony, un pueblecito en la frontera entre Hungría y Eslovaquia, en 1927. En 1944, con dieciséis años de edad, fue deportada junto con su hermana y su madre a Auschwitz-Birkenau donde estas serían asesinadas nada más llegar. Junto con otras mujeres judías como ella consideradas aptas para trabajar recorrió varios campos más, fue golpeada, humillada, despreciada, y finalmente se salvaría de milagro, de varios milagros en realidad, pues entonces con uno sólo no bastaba. Se

# Miedo a la verdad



CUATRO MENDRUGOS DE PAN  
DE LAS TINIEBLAS A LA ALEGRÍA  
**Magda Hollander-Lafon**  
Traducción de Laura Salas Rodríguez  
► Periférica  
160 PÁGS. 16 €

**Magda Hollander-Lafon**  
(Záhony, Hungría, 1927) sobrevivió  
al campo de Auschwitz-Birkenau.

salvó gracias a cuatro mendrugos de pan, se salvó gracias a una mirada, se salvó gracias a una sonrisa, gracias a unas gotas de agua, gracias a una palabra amable. Después de la liberación se encontró sola en el mundo y tuvo que reaprenderlo todo. Se instala a vivir en Bélgica, aprende francés, estudia psicología infantil, se casa, tiene cuatro hijos, trabaja, y se impone la tarea de transmitir su memoria, de dar testimonio, de hacer frente a la verdad, de desterrar el miedo. «Lo más difícil es levantarse después de haber sido humillada.» En 1977 escribe *Los caminos del tiempo* contando todo lo que recuerda de aquella experiencia, todo lo que su conciencia ha podido salvar («era invierno en mi memoria»), y algunos años más tarde *De las tinieblas a la alegría*, en la que cuenta como pudo volver a vivir en el mundo sin rencor, sin odio, y con esperanza, y cómo finalmente se pudo perdonar a sí misma por seguir viva («he salido del invierno de mi memoria»).

«Si no nos tienden la mano no tenemos porvenir.» *Cuatro mendrugos de pan* reúne esos dos libros en uno solo. *Los caminos del tiempo* narra en primera persona la memoria de uno de los periodos más negros, más crueles y más inhumanos de la historia de la humanidad, «para contárselo a quienes por descuido bajen la guardia.» «¿Cómo fue posible?», seguimos preguntándonos hoy. *De las tinieblas a la alegría* trata, con humildad, con humanidad, del renacimiento, del perdón, de la supervivencia, a pesar de que «cuanto más reflexiono, más difícil me resulta responder a esta pregunta.» Más difícil también de aceptar la respuesta.

«El mundo es un lugar peligroso para vivir. No por culpa de quienes hacen daño, sino por culpa de los que se quedan mirando sin hacer nada.» (Albert Einstein.)



*Esta puede ser una historia más del Holocausto pero sigue siendo una historia inverosímil que es necesario leer y conocer para dejar de mirar hacia otro lado*

